

LICENCIADO DON RICARDO JIMÉNEZ

## Crónica semanal

Resuelto ya el magno problema que tan vivamente interesaba el porvenir de la Nación, derrotados y victoriosos hemos quedado con la grata y con la noble impresión de que el pueblo costarricense es culto, es correcto, es digno de imitarse y de que puede por sus especiales condiciones llevar á la vida práctica el ideal sa-  
jón del «self-government».

Pueblo bien preparado para la vida autónoma es el nuestro: la campaña fué ruda, fué cruel; en el encuentro chocaron armas de bajo temple al lado de las nobles lanzas del cruzado; pero llegó la hora suprema y en el combate final cada uno quiso ser más caballero que su contrario. Así cuando sonaron los clarines de la victoria, sonó la hora de la paz y de la fraternidad. El hermano buscó al hermano, el amigo al amigo, y la pequeña familia costarricense ha tornado á ser una, á ser la misma de antes, amando el trabajo, amando la tranquilidad y amando la libertad que en los tiempos modernos se conquista al precio de saberla vivir!

\*  
\*\*

El día de la Patria se celebrará dignamente; habrá juegos florales, fiestas deportivas en la Sabana y

probablemente baile en el Club Internacional.

Por nuestra parte ofrecemos amplia información gráfica y literaria de los juegos florales, para los cuales reina inusitado entusiasmo.

RUY-BLAS

## Plumadas

EL FÍGARO se honra reproduciendo en la edición de hoy el fotograbado del señor don Ricardo Jiménez Ore-  
muno, candidato del Partido Republicano, triunfante en las elecciones verificadas en los días 29 y 30 de agosto próximo pasado.

Solamente para mis lectores del exterior, pues para los del interior este trabajo sería innecesario, consigno las siguientes pinceladas sobre la vida de aquel conocido estadista.

Mucho antes de la campaña electoral que acaba de concluir, ya el nombre de don Ricardo Jiménez había pasado las fronteras de su país; de manera que yo le conocía, de nombre, antes de venir á Costa Rica.

Más como su fama es ante todo la de un hombre de estado y orador parlamentario, yo, por uno de esos fenómenos psicológicos que todos experimentamos al forjarnos en la mente la figura de una gran reputación, cuya personalidad nunca hemos visto, me representaba al señor Jiménez, á manera de Júpiter de la intelectualidad costarricense, lanzando á sus interlocutores largos párrafos de elo-

cuencia inimitable, haciendo de los amigos de su tertulia un auditorio, de su gabinete un salón del Congreso, y verboso y autoritario echando sin cesar sentencias á lo Séneca. No de otro modo me han pintado en sus tertulias íntimas á don Emilio Castelar. Bajo esas impresiones, visité al Licenciado Jiménez con motivo de un negocio profesional. Debo confesar que tenía temor de ponerme frente á frente de semejante hombre, que por lo menos me iba á triturar con la mirada.

Agradable fué mi sorpresa al notar el contraste entre la realidad y el Ricardo Jiménez de mi fantasía. No hallé la figura olímpica y aparatosa que me había forjado. Nada de parafadas grandilocuentes, ni de lenguaje sentencioso y autoritario. Encontré un hombre de conversación reposada, modesto en todo, en el vestir como en el hablar. Tratamos el asunto profesional que motivaba la visita. Las notas características de su conversación fueron la claridad en la frase y la exactitud en el juicio. Terminada la conferencia, ella no dejó en mi espíritu, como lo temía, el deslumbramiento de la catarata del Niágara, sino el encanto del arroyuelo murmurador que seduce el espíritu.

Pertenece el señor Jiménez á una familia de origen nobiliario español. El no hace mucho caso de la aristocracia de la sangre; pero, eso sí, se ha colocado en primera línea entre los aristócratas del talento y del saber. Tiene un progenitor ilustre, que también fué conductor de pueblos, á quien sus conciudadanos han dado la inmortalidad del bronce, erigiéndole un monumento en Cartago. Pero don Ricardo es de aquellos que creen que solo las propias virtudes, no las de nuestros padres, son las que constituyen mérito.

Dicen sus biógrafos que ha sido catedrático, Ministro del gobierno, diplomático, Presidente del Poder Judicial, y no sé que otras cosas más.

La verdad es que á mí no me seducen las grandes dignidades ni los empleos lucrativos, para juzgar por ellos de los merecimientos de una persona. La experiencia de lo que sucede en Centro América ha destruído en mí ciertos espejismos. Ser Ministro como Maura en España, bueno; pero también se puede ser Ministro como Juan Barrios en Guatemala; ser diplomático como Río Branco en el Brasil, gran cosa; pero se puede serlo como Francisco de Machón en El Salvador.

El señor Jiménez pues, no es acreedor á nuestros encomios por el hecho de haber ejercido altos empleos en la cátedra, en la magistratura, en la diplomacia y en la administración, sino porque ha dejado huella luminosa de su paso por los cargos que desempeñara.

Con su permanencia en uno de los ministerios se relaciona la siguiente anécdota que me trae á la mente otra del inolvidable guatemalteco Arcadio Estrada. Este lo mismo que el señor Jiménez, frente á frente de un acto de violencia decretado contra las libertades públicas por el gobierno de que respectivamente formaban parte, pusieron honrada y enérgicamente esta alternativa: ó la revocatoria del decreto que atenta contra las garantías de un ciudadano, ó la dimisión del Ministro que rechaza semejantes atentados. En Guatemala el gobierno del General Barillas optó por la dimisión de su Ministro Arcadio Estrada. En Costa Rica el gobierno de don Bernardo Soto optó por la revocatoria del decreto y conservó en su puesto al digno Ministro.

Si aquel acto del señor Jiménez revela honradez administrativa y consecuencia con sus propios principios, hasta la abnegación, el siguiente demuestra otra cualidad no menos digna de alabanza: el carácter. En 1892, don Ricardo era Presidente del Poder Judicial. Acontecimientos políticos que no es ahora ocasión de recordar trajeron consigo

la disolución del Congreso y la consiguiente ruptura del régimen constitucional. Muchos en la situación del señor Jiménez habrían conservado su alto puesto. El no: él creyó honradamente que su misión legal había concluido y se retiró á la vida privada.

Todas estas cosas explican el triunfo obtenido por el Candidato del Partido Republicano en la recién pasada campaña electoral. Ese triunfo no es un capricho de los pueblos: es el premio que las democracias conscientes acuerdan á una vida pública sin mancilla; á un talento preclaro que tiene bien merecido el honor de dirigir los destinos de la nación; á un carácter inquebrantable que es el mejor título á la gobernación del Estado.

Por eso las votaciones del 29 y 30 de agosto dieron á favor de la candidatura republicana una mayoría tan abrumadora, que no creo tenga precedente, al menos en Costa Rica, que tratándose del resto de Centroamérica las cosas pasan de otro modo.

Yo siento admiración profunda por este pueblo donde por primera vez vine á ejercer con amplia libertad el sufragio, al amparo de un gobierno que conoce sus deberes; este pequeño gran pueblo donde se ven manifestaciones de la democracia como las que presenciamos en los días 29 y 30 del pasado y donde son elevados á la cima del poder público estadistas como don Ricardo Jiménez Oreamuno.

ALFREDO SKINNER KLÉE

## A LOS REPUBLICANOS

Terminó esta jornada como debía haber terminado, con el triunfo de la justicia, con el triunfo de la verdad, con el triunfo del republicanismo, que es el triunfo de Costa Rica.

Debemos estar orgullosos en estos momentos los costarricenses todos; el espectáculo que durante dos días se ha verificado en nuestra Patria, sólo en el país más culto del mundo puede verse: ahora sí podemos sentirnos llenos de satisfacción al decir: «somos costarricenses».

Nuestra República es pequeña en territorio, pequeña en población, pero es grande por sus libertades, grande por el modo como de ellas se usa, grande por sus ciudadanos, grande por el Gobernante que hoy dirige sus destinos y el cual será la norma, para los que han de sucederlo, en cuanto al modo como se garantizan los derechos del ciudadano.

Hemos asistido á la gran comu-

nión republicana; hemos hecho uso de la soberanía, eligiendo; hemos elegido al egregio repúblico don Ricardo Jiménez. El es el símbolo elocuente de nuestro Partido Republicano. Sobre él pesa la enorme responsabilidad de ser nuestro exponente.

El republicanismo ha triunfado y ha demostrado que su tarea civilizadora abajo ha sido grande, pues cuando influencias extrañas, en el fragor del debate, se presentaron pretendiendo extraviar los criterios de la Nación, llevándolos por los atajos de la tiranía, el republicanismo se opuso como valla infranqueable y la República surgió victoriosa.

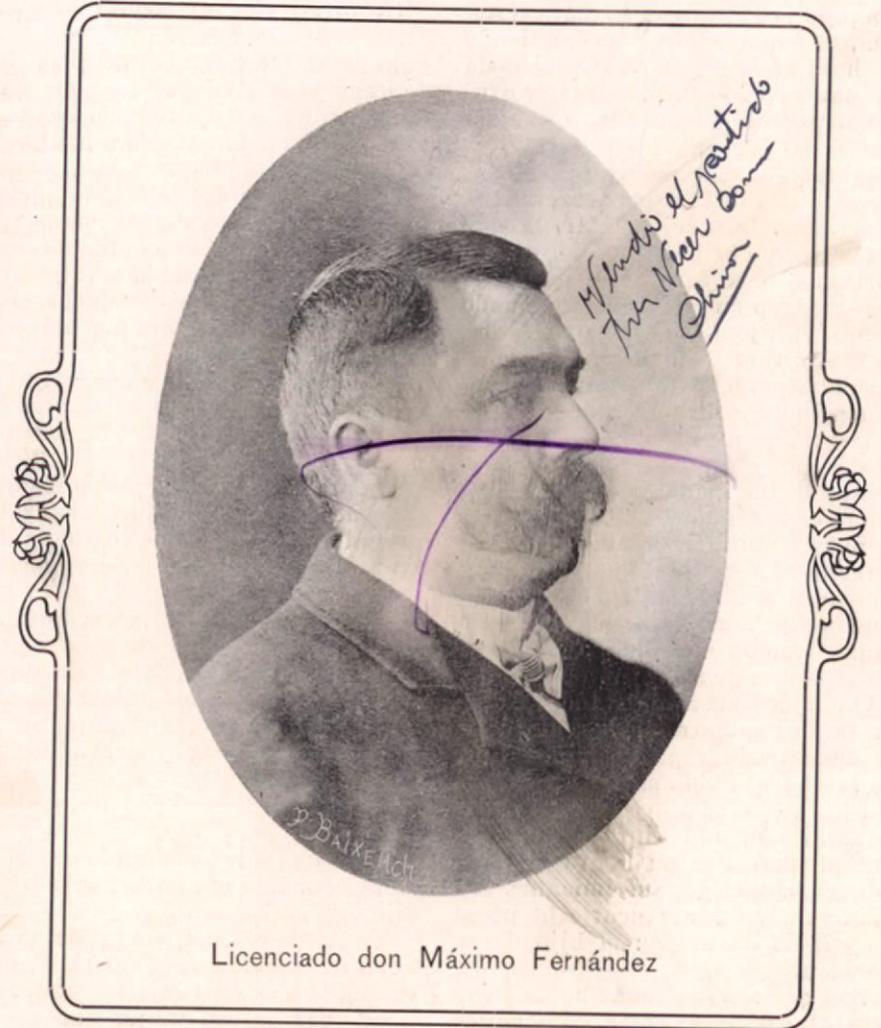
Republicanos: ahora llamemos á todos los costarricenses á participar de la victoria de la República: llamémoslos á colaborar en la continuación de este monumento.

Todos somos hermanos, la victoria

ahora es nacional, y el mejor modo de celebrarla es olvidando viejas diferencias; nos llama el taller, nos llama la tierra; á tomar, pues, nuestras herramientas de labor: la liber-

negocios de la comunidad, que mañana nos encuentre el día á todos en la labor que á cada uno le da el sustento.

Así demostraremos que somos acree-



dad y el trabajo son los que nos hacen grandes.

Los pueblos grandes, celosos de sus derechos, combinan estos dos principios: libertad y trabajo. Seamos libres y trabajemos.

Atentos á la vida pública, á los

dores al disfrute de nuestros derechos.

Ahora, no más diferencias, todos hermanos, que viva Costa Rica!!

MÁXIMO FERNÁNDEZ

San José, 30 de Agosto de 1909.

## El regreso

(Del libro en preparación  
"Manojos de seda")

Entre la bulliciosa multitud que esperaba la llegada del tren, estaba Ella, la pobre madre, confundiendo sus harapos con los ricos trajes de las damas elegantes. Aquel rostro demacrado que denunciaba una existencia de lágrimas y miserias, lo iluminaba en esos momentos, la suprema dicha de la esperanza, ah! la Esperanza. ¡Esa lejana estrella que hacía tiempo brillaba en el sombrío horizonte de su futuro!

Y ese tren que le traía su amado tesoro, el hijo de su alma, se tardaba tanto, tanto, que los minutos que pasaban, parecían que nunca iban a poner fin a los diez años de dolorosa separación, que habían encanecido su cabello, y surcado de arrugas su frente. E inclinada sobre la barandilla del andén, en tanto que escuchaba el solitario camino de hierro, principió a recordar aquel triste día en que su Andrés la dejó para marcharse a Londres, a donde iba a estudiar mucho para luego volver a ser el sostén de su vejez.

Qué bien lo recordaba todo! Aquella tarde y mientras Ella remendaba la desgarrada ropa del niño al pie de la choza, había sido sorprendida por la inesperada llegada del padre de su hijo, de aquel infame que después de manchar su honra y abandonarla a amargos sufrimientos, volvía de nuevo a arrancarle la única alegría de su hogar: el hijo de su corazón!

¡Oh que terrible lucha había mantenido! Aun creía estar escuchando los gritos del chiquillo que se asía a su cuello, implorando su amparo. Andrés llevaba entonces los pies descalzos y el vestido raído; y tenía un hermoso rizo negro que le caía sobre la frente y que ella apartó para besarle repetidas veces.

Oh! qué noche tan negra y tan

triste había seguido a esa separación, de la cual conservaba el recuerdo del viento que gemía en los cañaverales, y de los misteriosos ruidos que poblaban el silencio de su angustiosa soledad...

Un pitazo ronco y largo vino a sacarla de su meditación. El tren llegaba; a lo lejos se veía un penacho de humo que subía al cielo en plomizas espirales, y a poco la locomotora entró en la estación haciendo retremblar el andén.

Un confuso murmullo en el que se mezclaba el ruido de los besos, de los abrazos, toda la contenida alegría de aquellos corazones que esperaban a los viajeros ansiados, fué creciendo como una ola por entre la multitud.

—Y Andrés? Allí viene—dijo la acongojada madre en el delirio de su entusiasmo, sí, aquel de los ojos negros es mi Andrés.

Y entre el grupo de pasajeros que descendían de los coches, avanzaba un gallardo mozo, que conducía del brazo a una hermosa mujer que parecía ser su esposa.

—Hijo de mi alma!—exclamó la infeliz anciana lanzándose hacia El, con los brazos abiertos. El joven vió aquel demacrado rostro y reconoció a su madre; enseguida miró su traje harapos, y encendido de vergüenza ante tan inesperado encuentro, la rechazó con despiadado desdén.

—Sí soy yo!—murmuró con lastimera voz. ¿No me conoces Andrés?, dijo casi sollozando.

Y la bella compañera de aquel hombre, movida a compasión, preguntó en su extranjera lengua:

—Quién es esa mujer que así te habla?

—Es... le contestó, vacilando, una mendiga que implora la caridad...

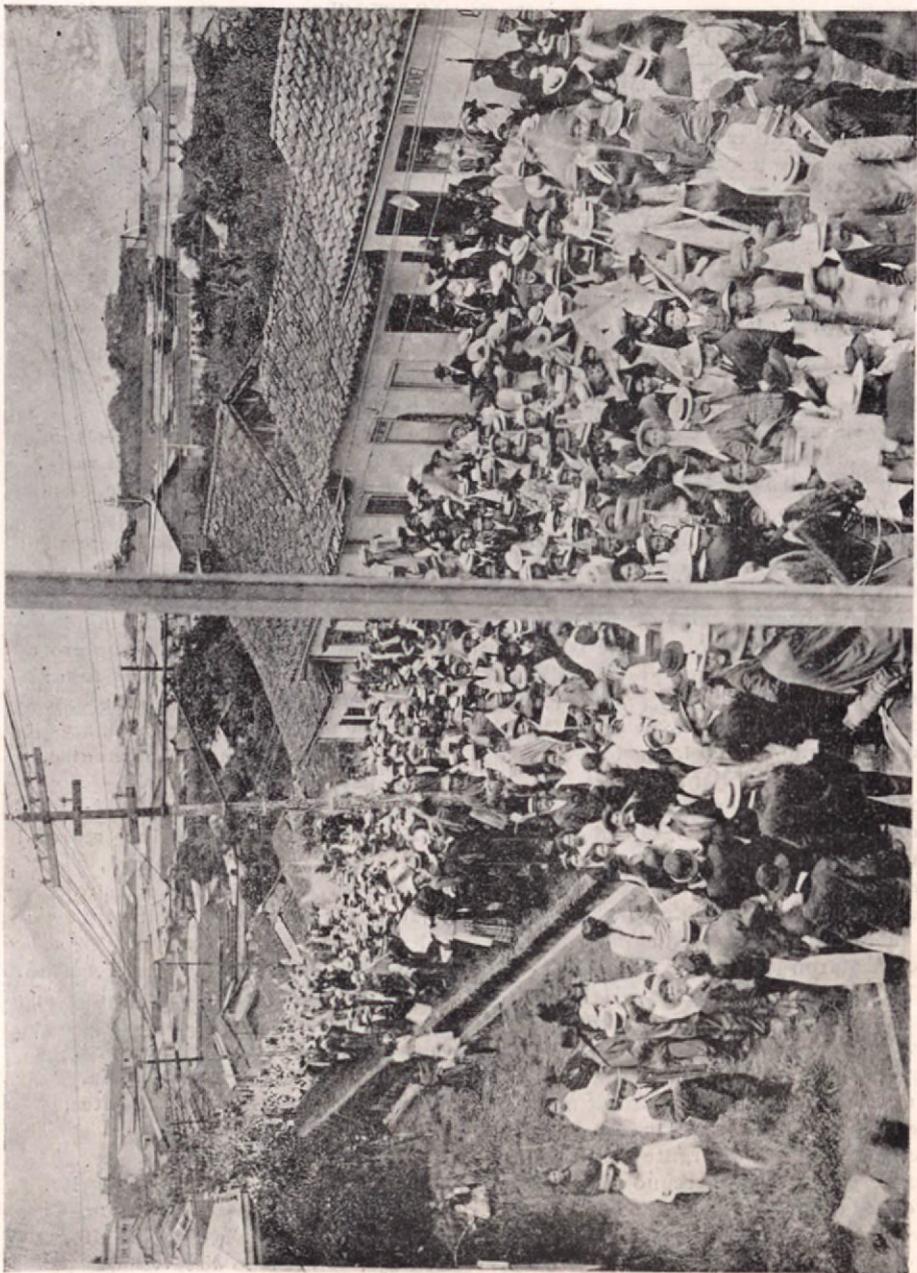
RAFAEL ANGEL TROYO



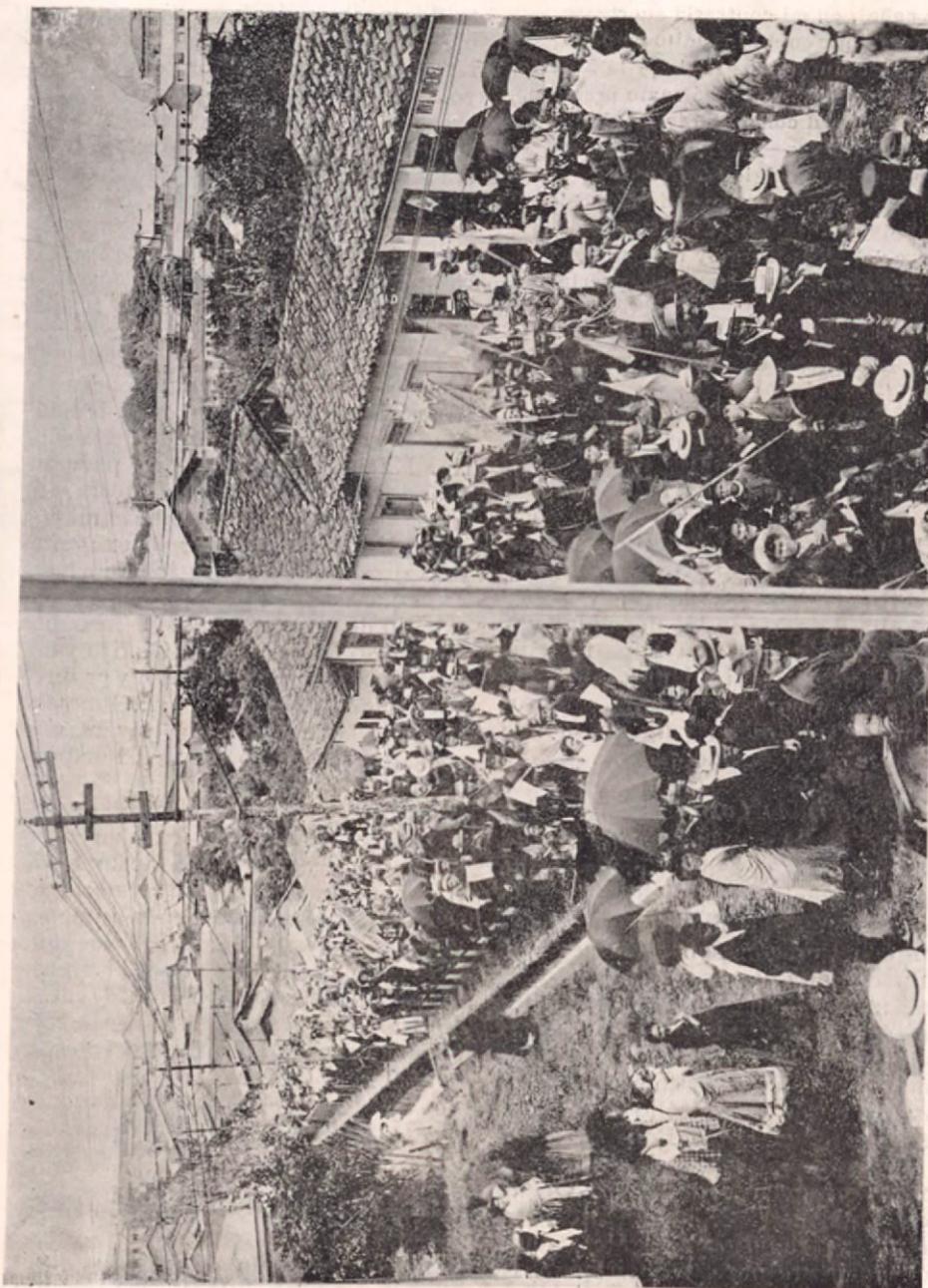
## Obertura sentimental

Voy a decir aquí lo que me inspiras, en nobles versos, de la rima pautas, y a tocar—para tí—todas mis liras, mis oboes, mis pifanos, mis flautas! Escoge, con tus manos impacientes, tus ramos de olorosos azahares, porque—bajo las viñas florecientes—cantarás el *Cantar de los Cantares*, mientras la alondra en el azul incierto va a beber sol, y trémulo te aguardo, (junto a la higuera de fragante huerto) todo mirtho, y laurel, y rosa, y nardo! ¡Oh, amada de la muerte y de la vida! ¡Oh, amada, emperatriz de las amadas! ¡Parece que estuvieras defendida como en un muro de cincuenta espadas! Tanto me impones siempre que gozoso miro las regias gracias en que abundas: tu boca—pozo de aguas vivas—pozo, donde hundiré mis fauces sitibundas; tus tenebrosas cejas que descubre la luz; tu frente que reclama el casco heroico; y tu presencia—cual la torre del rey David—que mira hacia Damasco; y tu mirada, que entre mil descuella, negra como las noches y mis duelos, mirada de los ojos de una estrella en el solemne luto de los cielos; y ese tu seno—ese jardín lozano todo florido—ese jardín ardiente, donde se alza el idílico manzano que no conoce la sutil serpiente; seno que mueve un ritmo de terneza, seno de miel y vino sin medida, donde pondré mi trágica cabeza que azotaron los vientos de la vida. ¿Qué somos hoy y qué seremos? Asas de un ánfora de nítido alabastro, dos nubes como dos gemelas gasas, maná nubes fulgores de un mismo astro. Dos existencias que han de ser un todo, de la pasión terrena fiel trasunto; veredas que, por diferente modo, convergerán en un cercano punto. Pese al dolor—que en ambos se cebaba, pese al fiero dolor y a sus traiciones, y que agotó las flechas de su aljaba hiriendo nuestros tristes corazones. Pese al mal y a la envidia—ese temido dragón—siempre de cólera despierto,

que—blandiendo la espada de Sifrido—veré a mis plantas, quebrantado y muerto. Yo soy aquel que tú esperabas. Yo era cierto príncipe azul de edad dorada, de quien—al despuntar tu primavera—en secreto estuviste enamorada. El imposible amor de tus ensueños; el que espíaste, pensando en tu destino, desde el balcón de rosas de tus sueños, en la nube del polvo del camino. El caballero de gentil presencia que imaginaste ante tus pies confuso, cuando en tu blanca y tibia adolescencia, hilabas tus suspiros en el huso. ¿Iba a venir del Indostán? ¿Acaso de la China, de Persia ó del Egipto? ¿En árabe corcel de breve paso? ¿En litera de púrpura de Tiro? ¿Te iba a ofrendar tesoros de Golcondas? ¿Perlas de Ormus, de sin igual valfa? ¿Un raro ajuar de encajes y de blondas, como para una reina de Ethiopia? ¿Te iba a decir:—«Princesa Sherezada: vengo a ofrecerte mi país lejano, mi alcázar, que hizo mi madrina, un hada, mi corazón, mi juventud, mi mano!» Y tú:—«No quiero tu país; no quiero ni tu áureo trono, ni tu gran fortuna: si quieres que te quiera, caballero, bríndame el sol, ó bájame la luna.» El príncipe gentil huyó a los montes, y tú dijiste—pálida y sombría—excrutando los tristes horizontes: —¡No viene aquel que me dirá eres mía! Pasaron: un califa, diez emires, y cien guerreros de estandartes rojos, y jamás escuchaste sus decires, ni les miraron tus altivos ojos. Hubo una guerra por tu amor. Y, en tanto que atronaba el azul la trompa hueca, ajena al estermio y al espanto tu sueño alimentabas con la ruca. Mas sucedió que, en un opaco día, después de años tediosos y silentes, al pie de tu cerrada celosía sonaron dos espuelas impacientes. ¡Cómo volaste a tu balcón! Qué grito, diste—de dulce compasión herida,—al ver mi rostro, de dolor marchito, mi traje, con el lodo de la vida, mi frente, que selló la desventura, mis pupilas, de agónicas miradas, mi boca, con un pliegue de amargura,



Una vista de la manifestación republicana del 22 de agosto: gentes á pie



Otra vista de la manifestación republicana del 22 de agosto: gentes á caballo

y en mi pecho diez fieras estocadas.  
Sólo la arruga de mi adusto ceño  
era señal, en mi contraria suerte,  
de proseguir en mi inaudito empeño  
contra el Mundo, los Hados y la Muerte.  
Tu mano ungióme un bálsamo precioso,  
diste á mi sed como un divino vino,  
y hoy—otra vez—me siento vigoroso  
como por arte mágico ó divino.  
Rosa de amor: ¡en mi jardín florece!  
Casa de oro: ¡no estarás desierta!  
Astro del alba: ¡surge y resplandece!  
*Turris eburnea*: ¡llamaré á tu puerta!

JUAN RAMÓN MOLINA

Tegucigalpa (Honduras.)

## Enamorada de Cipriano Castro

El General Castro, después de su caída, ha dado motivo á muchas y divergentes apreciaciones; y sobre todo ha despertado las dormidas notas románticas de una alma femenina, quien en la siguiente carta expresa sus amorosas ansias, comprobando así el dicho vulgar: «donde hubo fuego, rescoldo queda».

*Grat. Cipriano Castro.*—Berlín.

Cipriano: Ayer, cuando tú tuviste en las manos todos los poderes que puede ambicionar un hombre, yo, la que te amé desde niña, la que te entregó su corazón sobre el fuego de tu pecho de guerrero, torné tranquila á mi humilde cabaña á llorar mi desesperanza y mi engaño... Te ví subir, te ví crecer por cima de tus enemigos valerosos y coléricos. Gocé cuando desde el capitolio de Caracas empujaste, cual otro Bolívar, á los grandes avasalladores de Europa, á los salvajes codiciadores del Orinoco... Desdeñé tus llamamientos; devolví tus cuantiosos regalos; nada fué suficiente para reducirme á tu cariñosa potestad.

Pero hoy que más que caído te veo traicionado, te veo insultado y per-

seguido por tus histriones, por los eunucos que ayer cuidaban á la puerta de nuestra alcoba, soy... nuevamente tuya, y mi brazo armado y resuelto se interpondrá, como el rayo, entre tu corazón gallardo y los asesinos que siguen tus pasos.

El General Paredes te declaró guerra sin cuartel y tus soldados adictos lo pasaron por las armas... Hicieron bien, porque la lucha era á muerte entre dos leones. Si la suerte hubiera querido que tú cayeras en sus manos, tus carnes no hubieran alcanzado en pedazos para sus perros.

Yo te conozco, soy testigo de tus proezas y sé hasta donde puede ir tu arrojo mitológico. Eres el demente más sublime enamorado de la gloria. Naciste para mandar y para ser grande. La pequeñez te aterra, te encoleriza, te subleva como el mayor insulto. ¡Hasta el amor lo exageras y lo agrandas para sentir mejor!

Sé que no tardará el día en que tu caballo de guerra volverá á beber victorioso las aguas del Guaire y del caudaloso Orinoco. Veré muy pronto, que Gómez y Rolando, que Guerra y Morrillo, que todos tus adversarios se postrarán arrepentidos al empuje de tu brazo.

Ese día no te amaré, para entonces mi corazón regresará á su rumbo; pero mientras el odio insano y la traición cobarde sean tu sombra, yo sentiré por tí todo el amor inmenso y todas las resoluciones sublimes que me acompañan desde que mi frente nivea y pura se marchitó al fuego de tus besos, cuando fuí seducida por los rayos y triunfos de tu espada.—Tuya, CLARA.

## Chifladuras de Doña Tigera

*Política y moral* se intitula, si la memoria no me engaña, un artículo que á fines del recién pasado diciembre publicó el *Diario del Salvador*.

Declara la hoja de los «nuevos rumbos», cosa en ella rarísima, que dicho artículo es obra de la desmesurada é infatigable Doña Tigera, su principal redactora.

De un periódico español que se imprime en los Estados Unidos tomó el *Diario del Salvador*, según él mismo afirma, el escrito á que me refiero.

¿De qué trata el artículo de Doña Tigera?

Se contrae simplemente á motejarnos de *politiqueros*, ó «politicómanos» si á ustedes les parece mejor, y á darnos el innecesario y mal consejo de que no nos ocupemos en los asuntos públicos.

A mi juicio, lo primero es notoriamente inexacto, y lo segundo, á más de ser risible chifladura, entraña una lección de servidumbre.

Tal vez ni los turcos son tan indiferentes en materia política como los centroamericanos. Las prédicas de Doña Tigera huelgan en estos reñecitos.

Tanto es así, que hay que conminarnos con multa para que vayamos á votar en los llamados *comicios*; y son millares los que entre pagar la multa ó ir á dar su voto en una elección, prefieren lo primero.

Hace poco más de dos años que le pregunté á un conocido abogado de esta ciudad, buen amigo mío, á qué candidato había favorecido él con su voto en cierta elección que acababa de pasar.

—No sé lo que pondrían, me contestó. Yo me acerqué á la mesa y les dije: «Estoy pobre y no quiero perder ni un real; por eso vengo á tomar parte en esta farsa; pongan ahí lo que á ustedes les parezca».

¡Y nos llaman *politiqueros*! ¡Qué divertido!

Causas de carácter étnico y una serie de hechos que no quiero puntualizar, han venido formando en los cinco estaditos centroamericanos una inmensa mole de voluntades perezosas, de conciencias distraídas, de electores que no votan, de ciudada-

nos que no ejercen la ciudadanía.

Constituyen legión innumera entre nosotros los que no se interesan ni poco ni mucho por la cosa pública. Leemos las listas de los candidatos al próximo Congreso con la misma desafección indiferente con que pasamos los ojos por ese farrago de nombres que diariamente publican los periódicos, para anunciar que han llegado á San Salvador ó salido de aquí, decenas de personas desconocidas, cuya ausencia de la capital tiene para el público tanto interés como su permanencia en ella.

Injustísimo, mejor dicho absurdo, es ponernos la nota de *politiqueros*, y vergonzosa lección de asiática servidumbre aconsejarnos que no nos ocupemos nunca en los negocios públicos.

Recuerdo que en junio de 1905 insertó *El Latinoamericano* una proclama del Emperador de la China, proclama que decía, entre otras cosas: «Cada cual de mis súbditos no debe preocuparse sino de sus propios asuntos: que el agricultor atienda á sus siembras, el comerciante á su tienda y el artesano á su oficio».

Tal lenguaje nada tiene de particular en un imperio de Asia; pero emplearle, como lo hace Doña Tigera, en una República de América...!

La indiferencia política es una de las peores calamidades para un país que quiere aprender á gobernarse.

Pero la verdad es que nosotros, por lo que se ve, de lo que menos tratamos es de aprender á gobernarnos; así es que el antor de *Política y Moral* está derribando puertas abiertas, curiosa chifladura que á voces pide la aplicación de la ducha fría en la propia mollera.

Vaya, que venir á predicarnos á los centroamericanos indiferencia política, es lo mismo que llevar agua al río, maíz á Chinandega y membrillos á Guatemala.

Se ve que Doña Tigera no sabe por donde anda.

EL MORO MUZA

## La Imitación

Los actos que la necesidad no exige, suele imponerlos, con imperio, el instinto de imitación.

Ver ejecutar un acto y sentirse tentado de ejecutarlo, es todo uno. Es necesario un poderoso esfuerzo de la voluntad para no reír cuando se ve reír, para no llorar cuando se ve llorar. Los seres inferiores, en los que ni la reflexión, ni por consiguiente la voluntad, predominan, son esclavos de ese instinto que nos mueve á remedar y repetir todo cuanto vemos hacer.

En una parvada de aves, no bien una de ellas alza el vuelo, lo alzan todas; en un rebaño de carneros, si uno brinca, los demás lo remedan, y si el primero se vió obligado á saltar porque encontró un obstáculo á su paso, los otros saltan en terreno llano, por el puro y simple prurito de hacer lo que otro hizo y de satisfacer su tendencia á la imitación.

Los niños son esclavos de la imitación. Para hacer correr, gritar, llorar á todos, basta y sobra con hacer que cualquiera de ellos corra, grite ó llore. La paz de las familias se ve á cada paso turbada por esa tendencia de cada niño á jugar con el mismo juguete, á devorar la misma golosina, á ocupar el mismo sitio que otro niño. Cuando son muchos, ésto promueve competencias de jurisdicción, litigios sobre derechos de propiedad, conflictos de primacía difíciles ó imposibles de resolver á satisfacción de los interesados. Si alguien esgrime un sable, los demás dejan á un lado sus pistolas y escopetas, y quieren esgrimir también, no sólo un sable cualquiera, sino el mismo sable que el iniciador de la idea. Si alguno trepa, todos le siguen, para descender no bien cualquiera de ellos ha bajado. Al soplo de la imitación todos los niños son veletas.

Y los hombres somos también, al mismo soplo, veletas como ellos.

En las circunstancias más graves, en las ceremonias más solemnes, cuando la atención se encuentra más absorta y concentrada, si alguien tose, estalla una mosquetería de toses; si hay quien, urgido ó aburrido, abandone furtivamente el local, surgen á docenas los tráfugas; el aplauso llama al aplauso y la silba provoca la silba.

Gracias á la imitación, las multitudes tienen, no sólo una psicología sino también una fisiología y una patología.

Gracias á ella, ver comer dispierta el apetito; ver bostezar, invita á bostezar é instiga á dormir; ver bailar nos incita á la danza.

Hay enfermedades que se propagan, como epidemias, por imitación. En la Edad Media recorrían Europa bandas de gentes trémulas, agitadas, convulsionadas que se habían enfermado por imitación. En personas mediamente predisuestas, un histérico hace ciento, y se ha visto, al pie del comulgatorio, caer, presas de ataques de nervios, á centenares de niñas en presencia de una de ellas atacada. Dicese que en cierto convento dió una monja en aullar, fervorosa, como un gato. A poco andar, el convento era una verdadera *jauria* de gatos aulladores.

Y si en el orden fisiológico y patológico la imitación es tan poderosa, ¡cuánto no lo será en el orden psicológico, moral y social!

Las ideas se propagan más por imitación que por convicción. De cien mil creyentes en materia religiosa apenas habrá una docena que sepan en qué creen y por qué creen. Todo el resto cree imitativamente porque creyeron sus padres, sus maestros, sus amigos.

La fe científica está, casi, en el mismo caso. Suelen profesarla con fanatismo precisamente las personas más extrañas al estudio y la meditación. Pues y el amor á la patria y á las instituciones, y á la bandera y demás, ¿en cuántas gentes es con-

vicción razonada, y en cuántas impulso ciego, irreflexivo y puramente imitativo?

Conozco, y conocemos todos, espiritistas que, discurrendo sobre sus creencias, hacen una incomible ensalada de Nochebuena de hipnotismo, magia negra, telegrafía sin alambres y esperanto, y que, ello no obstante, siguen todas las prácticas y asisten á todas las ceremonias del culto por pura y simple imitación.

Demócratas y republicanos hay que le darían jaque y mate á Gengis Kahn y á Domiciano, y que han muerto, si cabe el término por sus ideales democráticos, poseídos de las convicciones de Torquemada, en contubernio ó monserga imposibles con las de Juan Jacobo y de St. Just.

Los veteranos saben al dedillo que el heroísmo como el pánico, suelen ser y son, en incontables casos puramente imitativos, el tamborcillo de Arcole, precipitándose al asalto del puente, arrastra tras sí, por imitación, á todos sus compañeros de armas y los unge héroes. En Waterloo, el principio del desastre fué un grito de traición! escapado no se sabe de qué pecho.

El chusco que en un salón de espectáculo grita, para divertirse: ¡fuego! es pura y simplemente un asesino. Esa sola palabra, seguida de un primer movimiento de terror y de un solo instinto de fuga, precipita á los espectadores en tumulto hacia las salidas, los hace empujarse, chocar, derribarse, y suele causar desastres por imitación. La mayoría de los que huyen no saben de qué se trata; huyen porque ven huir, é imitando los unos lo que á otros ven hacer, se exponen todos, irreflexivamente, á los mayores peligros.

La moda es, acaso, la manifestación más ostensible y elocuente de lo que puede el instinto de imitación. Ya dure ó ya cambie, es la imitación la que la fomenta y la generaliza.

Por efecto de la imitación perdura el turbante musulmán ó cambia de

formas ó de proporciones el sombrero de copa cristiano; por imitación duró centurias el imperio del peplum antiguo, y por imitación se transforma modifica y metamorfosea á cada paso la falda moderna. Es el simiesco instinto el que agranda y achica, amplía y estrecha, infla y comprime, borda, recama y pinta todos los órganos, hasta los más ocultos, de la indumentaria. Es él quien nos viste hoy de monjes, y mañana de arlequines, y quien envuelve la belleza en gasas flotantes ó la encierra en fundas de escopeta.

Y cuenta que al imperio de la moda nada ni nadie resiste; que se pone de moda ó deja de estarlo lo mismo el calzado que la filosofía, lo mismo el redingote que la moral, y lo mismo el corte de la barba que las manifestaciones del arte.

De sabios es imitar, y de sabios, igualmente, resistir á la imitación. Quien no imita, es un loco; quien imita demasiado, un necio.

La imitación es una poderosa palanca de la educación y de la conducta; pero es también un gran peligro para el pensamiento y para el corazón.

En saber imitar y también en resistir á la imitación consiste la verdadera sabiduría práctica, que se encuentra tan distante de las vírgenes locas como de los carneros de Panurgo.

DR. M. FLORES

## Notas bibliográficas

Hemos recibido:

«Topacios. Cuentos y Fantasías por Rafael Angel Troyo. Prólogo de Julio Flórez». San José, Costa Rica.

\* \*

«Polémica Masónico-Religiosa». Moisés H. Azucot. Maracaibo. Venezuela.

\* \*

«Fugitivas» Poesías por Francisco Herrera Velado. San Salvador, C. A.

\* \*

«El Tesoro del hogar». Recopilación de recetas útiles de varios autores arreglado por don Augusto Mulet de Chambó. Managua, Nic. C. A.

\* \*

«Prosa y Verso». Publicación de la Sociedad «Centro Literario de Talía». Maracaibo. Venezuela.

## Chispazos

Con las mujeres, no esperes salir en amores salvo, porque, tan calvo como eres, en tí siempre las mujeres han de ver un *viejo calvo*. Pero si tu corazón á las mujeres te inclina, no desesperes, Ramón,

y cómprale á Casafón dos botellas de RHUM QUINA.

\* \*

Para dar una sorpresa á Josefina su esposa, se escondió tras una mesa el bromista Monterrosa. Pero tosió el desdichado y oyó la tos Josefina, lo cual no hubiera pasado si antes hubiera tomado unas gotas de TERPINA.

\* \*

Entre Teresa y Emilia escoger es grave empresa pues Teresa usa LIDILIA de Rigaud, y Emilia, ALTEZA.

\* \*

El tenorio Bernabé cuando encuentra á una muchacha con disimulo se sgacha, para examinarle el pie; y me confiesa el indino, con frases enamoradas, que á él le gustan las calzadas por el hábil SABATINO.

IMPRESA, PAPELERÍA, ENCUADERNACIÓN Y FOTOGRAFADO DE AVELINO ALSINA

## ELDERS & FYFFES LTD.

LÍNEA DIRECTA DE VAPORES ENTRE PUERTO LIMÓN (C. RICA) Y BRISTOL (INGLATERRA)

Los vapores de esta Línea hacen la travesía de Puerto Limón á Bristol en 17 días. Salen de Limón cada quincena.

Pasaje de Primera á Bristol . . . . . £ 20

Pasaje de Primera á Bristol, ida y vuelta . . . . . £ 38

A las familias que tomen 4 pasajes enteros se les concede una rebaja del 10 por ciento.

Para informes dirigirse á las oficinas de la United Fruit Co., en San José ó en Limón, y á los sub-agentes Sasso y Pirie, San José.

E. J. HITCHCOCK, Administrador.

## POMADA + JABON + POLVOS FILODERMA

Reconocidas ya, y suficientemente probadas por el país entero las excelencias de nuestra POMADA FILODERMA, esta- xiliar poderosísimo de la Naturaleza en la mejor de sus creaciones: la hermosura femenina. Queremos hoy simplemente hacer saber á todos los distinguidos lectores de EL FÍGARO que nuestro JABON y nuestros POLVOS FILODERMA, poseen todas las propiedades curativas de la Pomada, y son, además, el complemento de ésta en su acción embellecedora.

Los Polvos Filoderma son inofensivos, antisépticos, adherentes é invisibles.  
El Jabón Filoderma deliciosamente perfumado, blanquea y afina el cutis, y le da frescura y fragancia.

Son estos tres preparados, por su indudable eficacia y por el esmero puesto en la elección de sus componentes, el más valioso homenaje que puede rendirse al gallardo pensil costarricense.

## BOTICA FRANCESA HERMANN Y ZELEDON

## TINTE NEGRO IMPERIAL

• del Doctor FRANC.

Preparado en los laboratorios de la BOTICA FRANCESA

### TIÑE Y ABRILLANTA EL CABELLO

Siendo tan eficaz como el mejor de los tintes extranjeros, se vende á la mitad del precio que se cobra por aquéllos. Esto se explica porque siendo el Tinte Negro Imperial hecho en el país, no tiene que pagar los altos derechos con que la aduana grava todas las preparaciones extranjeras de esa índole.

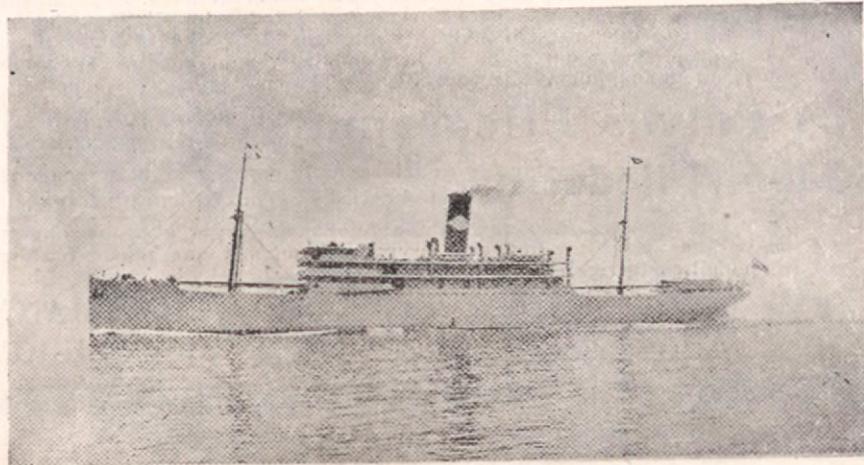
El modo de aplicarlo es sencillísimo. El resultado es eficaz.

## BOTICA FRANCESA HERMANN Y ZELEDON

# United Fruit Company

SERVICIO DE VAPORES

NUEVOS VAPORES ♦♦♦ NUEVO SERVICIO



VAPOR CARTAGO

La United Fruit Company ofrece á sus favorecedores un servicio sin rival entre Puerto Limón y los puntos que abajo se expresan:

Vapores «Abangarez», «Turrialba» y «Atenas»

de 5,000 toneladas cada uno, harán viajes directos á New Orleans, saliendo de Puerto Limón todos los miércoles á las 8 p. m.

Vapores «Cartago», «Parismina» y «Heredia»

también de 5,000 toneladas cada uno, harán un servicio de cabotaje así: Entre Limón y Bocas del Toro (Panamá), todos los martes á las 9 p. m.—Entre Limón y New Orleans, con escala en Puerto Barrios (Guatemala) y Belize (Honduras), todos los sábados á las 10 a. m.

Vapores «Limón», «San José» y «Esparta»

de 3,000 toneladas cada uno. Servicio semanal entre Limón y Boston.—Sale de Limón los domingos á medio día.

NOTA.—Los pasajeros deben presentarse ante el Cónsul Americano en San José ó Limón, tres días consecutivos antes de embarcarse para New Orleans ó Mobile, á fin de obtener una constancia de haber permanecido en estos lugares durante dichos tres días.

Para informes dirigirse á las oficinas de la United Fruit Company, en San José ó Limón, y á los señores Agentes Sasso y Pirie.

**E. J. HITCHCOCK**, Administrador.